

Fué esta campaña favorable á las armas de Castilla. Además de Jurumeña vinieron á poder de don Juan, Veiros, Monforte, Alte de Cháo, Crato, cuyo gobernador se defendió briosamente y fué mandado ahorcar por el de Austria, y otros muchos pueblos, despues de lo cual retiróse don Juan á descansar á Badajoz, muy alentado y con mayores ánimos para la campaña siguiente.

Poco se adelantó este año en las provincias de Beyra y Entre-Duero-y-Miño, porque el calor de las operaciones se concentró en la de Alentejo. Sin embargo el duque de Osuña se apoderó de Escalona, y por la parte de Galicia el arzobispo de Santiago don Pedro de Acuña, que sucedió en el mando al marqués de Viana, se hizo dueño de Portella y Castel-Lindoso.

Si disgustos habia tenido Felipe IV. de Castilla, no le faltaban á la reina regente de Portugal. Dábanselos grandes los amigos y favoritos de su hijo, todos hombres de desarregladas y licenciosas costumbres, como eran las inclinaciones del jóven rey, alimentadas por las condescendencias que con él habian tenido desde niño, y por su genio caprichoso, violento y dado á las familiaridades con la gente relajada y viciosa. Doña Luisa de Guzman, fatigada de los sinsabores y contrariedades que esta conducta le ocasionaba, determinó retirarse á una vida en que pudiera gozar de algun sosiego, bien que no abandonando enteramente los negocios, por temor de dejarlos compro-

metidos si los fiára enteramente á las imprudentes manos de su hijo ⁽¹⁾.

Espanoles y portugueses, todos se habian preparado bien para la siguiente campaña, y cuando don Juan de Austria se movió de Badajoz (6 de mayo, 1663), llevaba doce mil peones, seis mil quinientos caballos, diez y ocho cañones, tres morteros, y tres mil carros cargados de municiones y de víveres. El rey de Portugal habia nombrado general de las tropas de Alentejo á don Sancho Manuel, ya conde de Peñaflores. Las tropas que tenia á sus órdenes, contando la infantería inglesa que habia llegado, eran muy poco inferiores en número á las castellanias. El primer triunfo del ejército español en esta expedicion fué la rendición de la importante ciudad de Eborá, á lo cual contribuyeron no poco las disidencias entre los gefes portugueses, que la intervencion del conde de Vimioso no alcanzó á componer. Despues de esto un cuerpo de españoles se apoderó de Alcázar do Sal, poco distante de Setubal. De tal modo asustaron estas noti-

(1) Es vergonzoso lo que los historiadores portugueses nos cuentan de la vida de este príncipe. «Su mayor gusto, dice Faria y Sousa, era entretenerse con negros y con mulatos, ó con gente de la hez del pueblo..... llamábalos sus valientes ó sus guapetones, y con ellos corria de noche las calles de la ciudad, insultando á cuantos encontraba..... No salia nunca de noche que no publicase el dia despues por toda la ciudad el mal que habia hecho á muchos ciudadanos: temian encontrarle como á un animal feroz que habia escapado de la cueva..... Hacía venir mugeres mundanas á palacio: muchas veces iba él mismo por ellas á las casas públicas; pasaba las mas noches en deleites deshonestos con ellas..... etc.»— Epítome de Historias portuguesas, P. IV. c. 5.

cias en Lisboa, que las gentes andaban despavoridas por las calles, y por un momento temieron que se perdiera todo el reino, porque no quedaba plaza fuerte que pudiera detener al enemigo hasta la capital. El susto se convirtió luego en furor, y cargando el pueblo la culpa de aquellas desgracias á los nuevos ministros, acometió y saqueó las casas de algunos, teniendo ellos que esconderse. Aplacado el tumulto, espidióse orden al conde de Peñafior para que diera la batalla al ejército castellano.

Levantó con esto el de Peñafior su campo, pasó el Odegebe, y llegando hasta media legua de Ehora formó en batalla. El rio dividia los dos ejércitos, y Schomberg habia elegido tan hábilmente las posiciones y colocado tan ordenadamente en ellas á los portugueses, que viendo don Juan no serle fácil atacar con ventaja, determinó retirarse á Badajoz, dejando guardada á Ehora. Seguíanle los portugueses sin perderle de vista; don Juan esquivaba la batalla, temeroso de perder con ella lo ganado; deseábanla Peñafior y los suyos, al mismo tiempo que la temian tambien, y ambos ejércitos se respetaban. Por último presentóla el portugués al llegar los nuestros á Amejial, sin que don Juan pudiera ya escusarla. Faltaba solo una hora para ponerse el sol, cuando comenzó formalmente el combate, siendo los primeros á atacar los portugueses. Peleóse de una y otra parte con valor, y hasta con ferocidad, convencidos unos y otros de que

pendia de aquella batalla la salvacion ó la sumision de Portugal, y el éxito de una lucha que contaba ya tantos años. La noche separó á los combatientes, y hasta la mañana del siguiente dia no se supo quién habia sufrido mas pérdida (8 de junio, 1663).

Por desgracia, si la de los portugueses habia sido grande, pues se supone que no bajó de cinco mil hombres, se vió que la de los castellanos habia sido mayor y mas lamentable. A ocho mil se hace subir la de los muertos y prisioneros, asombrosa cifra atendida la poca duracion de la batalla, entre ellos no pocos generales, coroneles, grandes y títulos, contándose en ellos el marqués de Liche, hijo del famoso don Luis de Haro: perdiéronse ocho cañones, un mortero, multitud de estandartes, y hasta dos mil carros de municiones (1). Debieron los portugueses principalmente su triunfo á la infantería inglesa. Don Juan de Austria peleó con mas valor que inteligencia y fortuna; espuso muchas veces su cuerpo y su vida, y habiéndole muerto dos caballos, entró por los enemigos á pie con su pica en la mano, combatiendo largo rato contra muchos de ellos. Ya que no se condujo como

(1) «Portugal en Ehora (decia un papel de aquel tiempo, con razon en el fondo, aunque con exageracion en la forma), Portugal en Ehora destruyó la flor de España, lo mejor de Flandes, lo lucido de Milan, lo escogido de Nápoles y lo grande de Extremadura. Vergonzosamente se retiró S. A., déjan-

do ocho millones que costó la empresa, ocho mil muertos, seis mil prisioneros, cuatro mil caballos, veinte y cuatro piezas de artillería; y lo mas lastimoso es que de ciento veinte títulos y cabos no escaparon sino cinco.»—Passarello: Bell. Lusit. lib. VIII.

buen general, portóse al menos como buen soldado. Llamóse ésta la batalla de Amejial, del Canal la nombran otros, y otros menos propiamente de Estremoz, por haber sido no lejos de esta ciudad.

Desde Badajoz escribió don Juan de Austria al rey dándole noticia de aquel desgraciado suceso, al cual siguió la entrega de Eborá y la pérdida de Villaflores; y para que nada faltara, en la plaza de Arronches, ya que el mariscal de Schomberg no pudo tomarla, se incendió el almacén de la pólvora, é hizo saltar mas de dos mil castellanos. En la provincia de Entre-Duero-y-Miño se perdió Castel-Lindoso, que habia ganado el año anterior el arzobispo de Santiago; y en la de Beyra solo hubo de notable una acción que sostuvo gloriosamente el duque de Osuna contra muy superiores fuerzas portuguesas cerca de Valdemula (30 de diciembre, 1663), con lo que se puso término á la campaña de este año.

Natural era que se envalentonaran los portugueses con el triunfo de Amejial. Así fué que al año siguiente se atrevió el conde de Marialva á penetrar en territorio español, á poner sitio á Valencia de Alcántara, que no tenia mas fortificación que un viejo y flaco muro, si bien se hallaba en ella de gobernador y la defendía con tres bravos regimientos el valeroso don Juan de Ayala Mejía. No se podia exigir mas de lo que este gefe y su gente hicieron: la defensa costó mucho y admiró no poco á sus enemigos, y cuando se

entregó la plaza (junio, 1664), no era posible llevar mas adelante la resistencia. Por dos veces habia intentado socorrerla don Diego Correa con cinco mil caballos; ninguna pudo; y don Juan de Austria, aun cuando fué avisado del peligro, no se apresuró á llevarle socorro ⁽¹⁾. No se tomó este año desquite de lo de Valencia de Alcántara; al contrario, fueron abandonadas por los nuestros Arronches y Codiceyra, y el resto de la campaña en el Alentejo se redujo á las antiguas correrías. Tampoco hubo acontecimiento notable en las provincias de Tras-os-Montes y de Entre-Duero-y-Miño.

Lo que hubo en la de Beyra, donde operaba el duque de Osuna, fué bochornoso para nuestras armas. Aquel magnate habia tenido un encuentro feliz con los portugueses que mandaba Hurtado de Mendoza: mas luego sitiando á Castel-Rodrigo, y abierta ya brecha en la plaza, ni él, ni sus maestros de campo, ni los capitanes pudieron conseguir de los soldados que entráran por la brecha: amenazas y ruegos todo fué inútil: aquella gente, sacada de improviso de los talleres y de las casas de labranza, se asustaba del ruido de las granadas y de los mosquetes, y no fué posible

(1) Passarello: *Bellum Lusitan.* lib. VIII.—Hallábase tambien en aquel ejército como de gefe honorario de la caballería (*Præfectus externi equitatus*, le nombra el historiador latino de esta guerra) Alejandro Farnesio, hermano del duque de Parma, que habia venido á Madrid á ofrecer sus servicios al rey católico, y que en verdad no correspondió á la fama del ascendiente de su mismo nombre, el antiguo é ilustre Alejandro Farnesio, gobernador de Flandes en tiempo de Felipe II.

hacerles dar un paso adelante. Y no fué lo peor este insigne acto de cobardía, sino que acometido despues de la retirada por Jacobo Magalhaes que á socorrer aquella plaza habia salido de la de Almeida, aunque eran los portugueses menos en número, apoderóse tal espanto de los nuestros, que parecia faltarles tiempo para arrojar las armas y huir, abandonando artillería y bagages, mas no lo hicieron tan de prisa que no fueran apresados unos, acuchillados otros por la caballería portuguesa: entre los primeros lo fué el teniente general de nuestra caballería don Antonio de Isassi; entre los segundos se contó á don Juan Giron, hijo del mismo duque de Osuna, que para honra suya y de su ilustre estirpe fué de los que murieron peleando. Su padre con la poca gente que pudo recoger se retiró desesperado á Ciudad-Rodrigo. Magalhaes despues de este triunfo entró en España con tres mil hombres, tomó y saqueó las villas de Cerralbo y Fregeneda, y consternados con esto nuestros soldados iban abandonando los pequeños fuertes que guarnecian en la frontera ⁽¹⁾.

Produjeron los reveses de estas campañas la separacion de los dos mas ilustres generales, don Juan de Austria y el duque de Osuna. Al primero se le admitió la renuncia que hizo del mando y se le permitió retirarse á Consuegra. Quejábase don Juan de que no se

(1) Passarello: Bell. Lusitan. lib. VIII.

le suministraban ni municiones, ni víveres, ni dinero, ni recurso alguno para hacer la guerra, y atribuíalo, no sin algun fundamento, á malas artes de la reina doña Mariana, que le miró siempre de mal ojo y no queria que el hijo bastardo de su marido tuviera la gloria de recuperar el Portugal. Al de Osuna no solo se le separó, sino que se le redujo á prision y se le condenó á cien mil ducados de multa, como en castigo de las contribuciones que exigía á los pueblos para mantener su ejército; como si no enviándole dinero, hubiera podido sostener de otro modo aquella hambrienta é indisciplinada gente. Al fin el de Osuna justificó su conducta, y consiguió ser absuelto. De este modo la persecucion de los dos duques de Osuna, padre é hijo, ambos escelentes capitanes y distinguidos servidores de su rey y de su patria, señalaron el principio y el fin del reinado de Felipe IV.

No sin fundamento, decíamos, se quejaba don Juan de Austria de la esposa de su padre, porque en este tiempo seguia la córte de Madrid una política que por lo desatinada se nos antojaría increíble á no hallarla comprobada con testimonios. El emperador de Alemania, amenazado por los turcos, habia pedido auxilio á Francia y á España. El francés tuvo la habilidad de ofrecerle, á condicion de que España le enviára tambien igual número de tropas á las que tenia en Italia. El emperador, que deseaba salir del apuro en que se veia, aceptó esta condicion, y para persua-

dir á Felipe IV. á que la admitiera por su parte, se valió de la reina su hermana y del padre Nithard su confesor, que ya por el odio con que miraban á don Juan, ya por el mayor interés que les inspiraban las cosas de Austria que las de España, dieron gusto al emperador; y Felipe IV. por instigacion suya, y sin conocer el lazo que con este artificio le habia armado el francés, tuvo la insensatez de comprometerse á mantener en el imperio doce mil infantes y seis mil caballos, ya que no podia enviarle los soldados de Italia. Necia obligacion, teniendo desprovistas de recursos las tropas de Portugal, y que aun asi no sabemos de dónde pudieran sacarse.

Para continuar la guerra con el vecino reino, llamóse y se hizo venir de Flandes al marqués de Caracena. Pero era preciso formarle un nuevo ejército, pues con la tropa que habia, poca y abatida, no se podia emprender nada. Juntóse pues cuanta gente se pudo, haciendo venir los restos de nuestros tercios de Italia, de Alemania y de Flandes, y entre todos se compuso un ejército de quince mil hombres de infantería, mas de seis mil caballos, catorce piezas y dos morteros. Mandaba la caballería española don Diego Correa, la estrangera Alejandro Farnesio, la artillería don L. Ferrer, y de maestre de campo general iba don Diego Caballero. Cuando el de Caracena vino á Madrid traía la confianza de ir con aquel ejército en derecha á Lisboa, y por consecuencia la de someter

despues todo el reino fácilmente: y antes de partir para Badajoz hizo presente al rey que para atacar á Lisboa por mar y tierra convendria tener una escuadra; y en efecto sedió orden de armarla en Cádiz, debiendo mandarla el duque de Aveiro, noble portugués al servicio de España. Mas ni estuvo, ni era posible que estuviera dispuesta y pronta para cuando se emprendieran las operaciones por tierra. Por esta causa, y porque luego que el de Caracena se vió en Badajoz, y se informó del estado y calidad de las fuerzas de cada parte y del carácter y disposicion de los ánimos en cada pais, comprendió que la conquista no era tan fácil como habia pensado, renunció al pensamiento de marchar sobre Lisboa, y limitóse á poner sitio á Villaviciosa.

Marialva y Schomberg acudieron á hacer levantar el cerco, y se situaron en Montesclaros. Lleno de presuncion y de confianza el de Caracena, apenas avistó los enemigos, alzó el campo, contra el parecer de los demas generales que opinaban por no abandonar sus buenas posiciones, y se fué á encontrarlos, y les presentó la batalla, no obstante ser inferiores en número los nuestros. Aceptáronla los portugueses, y despues de algun tiroteo de artillería y mosquetería, trabóse una general y ruda pelea lanza á lanza y pica á pica. Furiosamente se arrojaban mutuamente de los puestos y los recobraban, hasta que al cabo de ocho horas de mortífero combate, viendo

el de Caracena la mucha gente que sin fruto iba perdiendo, ordenó la retirada, dejando en el llano de Montesclaros toda la artillería, y lo que fué mas lastimoso, cuatro mil hombres entre muertos y heridos, y poco menos prisioneros, entre estos el intrépido gefe de la caballería don Diego Correa. Menor, aunque grande tambien, fué la pérdida de los portugueses (junio, 1665). Desde Badajoz, donde se retiró el de Caracena, comunicó al rey la derrota, diciendo, sin embargo, que los portugueses habian perdido la flor de su ejército, y añadiendo que si le enviaran refuerzos, nunca seria mas fácil hacer la conquista; que á tal extremo llevaba su presuncion aquel orgulloso gefe (1).

Cuando Felipe recibió la noticia de esta desgracia esclamó conmovido: *¡Cúmplase la voluntad de Dios!* y cayó al suelo acongojado. El pueblo de Madrid se llenó de indignacion, y acusaba al gobierno de haber puesto un ejército tan florido en manos del de Caracena, contra el cual se desataban entonces todas las lenguas, apellidándole inepto, imprudente, loco y temerario, y no veian en él ni prenda buena, ni antecedente honroso, ni nada que no fuese detestable; propios desahogos de la irritacion, y digno castigo de quien se ~~habia~~ presentaba con aquella imprudente y presuntuosa arrogancia. Apoderóse del ánimo del rey una melancolía profunda, y agitaba su espíritu una

(1) Passarello: Bell. Lusitan. lib. IX.

inquietud, que la edad, los desengaños, el remordimiento de la vida pasada, los presentimientos del triste porvenir de la monarquía le hacian insoportable: que ya ni los años, ni lo delicado de su salud le permitian tener como antes placeres y distracciones que le hicieran olvidar los males. Ni siquiera tenia ya un favorito que le aliviara entreteniendo sus ilusiones, ó desfigurándole y minorándole los contratiempos é infortunios. Miraba en derredor de sí, y se veia con un sucesor, niño de cuatro años, enfermizo y endeble. Veia á la reina doña Mariana su esposa en pugna con don Juan de Austria, que al cabo, con todos sus defectos, era el hombre mas importante y de mas representacion en la monarquía, y veíala entregada á su confesor el jesuita Nithard, por cuyos consejos se guiaba y lo hacia todo. Veia por último humillada en todas partes la monarquía, que sus favoritos le prometieron engrandecer sobre todas las potencias de Europa.

Felipe, á quien faltaban ya las fuerzas del cuerpo y del alma, no pudo resistir á tantos pesares. Una disenteria violenta le acabó de consumir en pocos dias. Al sentir tan vecina la muerte, hizo su testamento, señalando el órden de sucesion al trono, comenzando por su único hijo varon el príncipe Carlos, y sucesivamente á falta de éste, á la infanta doña Margarita y sus descendientes, en defecto de estos á los de su tia la emperatriz doña María, y los últimos á los de la infanta doña Catalina, duquesa de Saboya, su tia tam-

bien, escluyendo á los de su hija doña María Teresa, muger de Luis XIV., con estas notables palabras: «Queda excluida la infanta doña María Teresa y todos sus hijos y descendientes varones y hembras, aunque puedan decir ó pretender que en su persona no corre ni pueden considerarse las razones de la causa pública ni otras en que pueda fundarse esta esclusion; y si acaeciese enviudar la serenísima infanta sin hijos de este matrimonio, en tal caso quede libre de la esclusion que queda dicha, y capaz de los derechos de poder y suceder en todo (1).» Palabras solemnes, que sin embargo, andando algunos años, habian de ser de tantos modos interpretadas.

Nombró por último tutora del rey su hijo y gobernadora del reino durante su menor edad á la reina doña Mariana, asistida de un consejo, que se habia de componer del presidente del de Castilla; conde de Castrillo, del vice-canciller de Aragon don Cristóbal Crespy, del arzobispo de Toledo é inquisidor general el cardenal don Pascual de Aragon, ó los que los sucedieran en estas dignidades; por la clase de los grandes nombró personalmente al marqués de Aytona, y por la de consejeros de Estado al conde de Peñaranda. Hecho todo esto, y recibidos cristianamente los sacramentos, pasó Felipe IV. á mejor vida el 17 de

(1) Relacion de la muerte de Felipe IV. y oraciones fúnebres: su testamento.—Biblioteca Nacional. Sala de MM. SS.—Soto y Aguilar: Epitome, MS. ad ann.

setiembre (1665), á los sesenta años de su edad y á los cuarenta y cuatro de su reinado. Cuéntase que momentos antes de morir dirigió á su hijo estas lastimeras palabras: «¡Quiera Dios, hijo mio, que seas mas venturoso que yo!» Palabras que ni el tierno Carlos comprendió entonces, ni por desgracia se vieron realizadas después (1).

(1) Tuvo Felipe IV. de su primera esposa doña Isabel de Borbon muchos hijos, de los cuales solo le sobrevivió doña María Teresa, casada con el rey Luis XIV. de Francia. De doña Mariana de Austria tuvo tres hijos y una hija. De los hijos varones solo quedó el príncipe Carlos que le sucedió en el trono. La infanta Margarita fué despues reina de Hungría. Ademas tuvo otros siete ilegítimos, de los cuales solo fué conocido don Juan de Austria, á quien hemos visto, y veremos todavía figurar mucho en el siguiente reinado.